

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

VIDA DE JESÚS



ELENA G. de WHITE

Vida de Jesús

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prólogo

SECCIÓN I - CRISTO VIENE AL MUNDO

- 1 - Nacimiento de Jesús
- 2 - Jesús es presentado en el templo
- 3 - Visita de los magos
- 4 - Huida a Egipto
- 5 - Infancia de Jesús
- 6 - Conflictos de la vida diaria

SECCIÓN II - JESÚS AL LADO DE LAS PERSONAS

- 7 - Buscando fuerza de lo Alto
- 8 - La tentación
- 9 - Milagros de Cristo
- 10 - Enseñanzas de Cristo
- 11 - Jesús también descansaba
- 12 - El buen Pastor
- 13 - El Príncipe de paz
- 14 - Jesús reprueba la corrupción

SECCIÓN III - LA PASIÓN DE CRISTO

- 15 - Última Pascua
- 16 - Angustia en el Getsemaní
- 17 - Traición y prisión de Jesús
- 18 - Delante de Anás y Caifás
- 19 - La tragedia de Judas

- 20 - Juzgamiento de Cristo
- 21 - Delante de Herodes
- 22 - Pilato pierde la autoridad
- 23 - La gloria del Calvario
- 24 - Resurrección y victoria
- 25 - En el sepulcro
- 26 - ¡Resucitó!

SECCIÓN IV - JESÚS TRAE ESPERANZA

- 27 - “No teman”
- 28 - “Paz sea a vosotros”
- 29 - “Este Jesús”
- 30 - La ascensión triunfal
- 31 - ¿Cuándo volverá Cristo?
- 32 - El juicio final
- 33 - Felicidad eterna

Vida de Jesús

Elena G. de White

Titulo del original: *Christ Our Saviour*, 1949.

Dirección: Aldo D. Orrego

Traducción: *Staff* de la ACES

Diseño de tapa e interior: Carlos Schefer

Ilustración: Shutterstock (Banco de imágenes)

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 2001 Asociación Casa Editora Sudamericana.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-153-7

White, Elena G. de

Vida de Jesús / Elena G. de White / Dirigido por Aldo D. Orrego . - 1ª ed. -
Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

ISBN 978-987-798-153-7

1. Cristología. I. Orrego, Aldo D., dir. II. Título.

CDD 232.901

Publicado el 30 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prólogo

La historia de la vida terrenal de Jesús nuestro Salvador se halla escrita en toda manifestación de la naturaleza, en cada fase de la experiencia humana, en cada acto de la vida. Nunca podremos captar plenamente cuán profunda es la impresión de la vida de Jesús de Nazaret y cuán amplia es su influencia. Recibimos toda clase de bendiciones debido a la conexión entre el Cielo y la Tierra, unión que se restableció cuando el Señor de la gloria asumió la defensa de un mundo perdido por causa del pecado.

Esta conmovedora historia ha sido contada muchas veces con elocuencia, pero puede relatarse mejor en un lenguaje sencillo como el de los niños. El espectáculo maravilloso no necesita colorido humano. Su gloria sobrepasa el arte de los hombres y brilla en forma más refulgente con su lustre propio.

En estas páginas no se hace esfuerzo alguno para producir un embellecimiento artificial. La sencilla historia, tal cual la relata alguien que es conmovido por un profundo sentimiento de las proporciones infinitas del tema, ha sido puesta en lenguaje juvenil. En su sencillez no solamente habla a los corazones de los jóvenes y los adultos, sino que satisface el deseo expresado por todos los seres humanos.

Ojalá que esta obra sea aceptada con la misma simplicidad y pureza de fe.

George C. Tenney

SECCIÓN I

CRISTO VIENE AL MUNDO

1

Nacimiento de Jesús

En la pequeña ciudad de Nazaret, situada entre las colinas de Galilea, se hallaba el hogar de José y María, conocidos más tarde como los padres terrenales de Jesús.

José era del linaje o la familia de David, de modo que cuando se promulgó el decreto para realizar un censo del pueblo, tuvo que ir a Belén, la ciudad de David, para inscribir su nombre. Fue un viaje penoso, teniendo en cuenta la forma de viajar de esos tiempos. María, que iba con su esposo, se sentía muy cansada al ascender la colina sobre la cual se elevaba Belén.

¡Cuánto anhelaba tener un lugar cómodo para descansar! Pero las posadas ya estaban llenas. Los ricos y orgullosos estaban bien atendidos, mientras que estos humildes viajeros tuvieron que encontrar descanso en un rústico albergue de ganado.

José y María tenían pocas riquezas terrenales, pero poseían el amor de Dios, y esto los hacía ricos en contentamiento y paz. Eran hijos del Rey celestial, quien estaba por conferirles un honor maravilloso.

Los ángeles los habían guiado mientras se hallaban de viaje, y cuando llegó la noche, y fueron a descansar, no se sintieron solos: los mensajeros celestiales todavía estaban con ellos.

En ese humilde albergue nació Jesús, el Salvador, y colocado en un pesebre. En esa rústica cuna descansaba el

Hijo del Altísimo, cuya presencia llenara los atrios del cielo con su gloria.

El Líder celestial

Antes de venir a la tierra, Jesús era el Comandante de las huestes angelicales. Los más brillantes y exaltados de los hijos de la mañana proclamaban su gloria en la creación. Velaban sus rostros ante él cuando se sentaba en su trono. Echaban sus coronas a sus pies y entonaban sus cánticos de triunfo cuando contemplaban su grandeza.

Sin embargo, este Ser glorioso amaba al pobre pecador y tomó la forma de un siervo, para sufrir y morir por nosotros.

Jesús podría haber permanecido al lado del Padre, luciendo la corona y el manto reales; pero por nuestra causa escogió cambiar las riquezas del cielo por la pobreza de la tierra.

Por amor a nosotros aceptó una vida de privaciones y una muerte vergonzosa. Prefirió dejar a los ángeles que lo amaban y abandonar su puesto de Comandante supremo. Eligió cambiar la adoración de la hueste angelical por las burlas y el escarnio de los hombres malvados.

Jesús hizo todo esto para mostrarnos cuánto nos ama Dios. Vivió sobre la tierra para enseñarnos cómo hemos de honrar a Dios por medio de la obediencia a su voluntad. Lo hizo para que, siguiendo su ejemplo, podamos finalmente vivir con él en su hogar celestial.

Los sacerdotes y gobernantes judíos no estaban listos para darle la bienvenida. Sabían que el Salvador vendría pronto, pero lo esperaban como un rey poderoso que los haría ricos y grandes. Eran demasiado orgullosos para pensar en el Mesías como un niño indefenso.

De manera que cuando Cristo nació, Dios no se lo reveló a ellos. Envió las buenas nuevas a algunos pastores que cuidaban sus rebaños en las colinas cercanas a Belén.

Eran hombres tan buenos que, mientras vigilaban sus ovejas de noche, hablaban acerca del Salvador prometido y oraban fervientemente por su venida, Dios envió mensajeros resplandecientes desde su propio trono de luz para darles esa noticia.

En una cuna de paja

“Se les presentó un ángel del Señor y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo:

“ ‘No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre’.

“Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían:

‘¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!’

“Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros:

“ ‘Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado’.

“Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Todos los

que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Luc. 2:9-19).¹

¹ *NOTA:* Siempre que no se indique otra cosa, los textos bíblicos usados en esta obra han sido tomados de la versión Reina-Valera Revisada de 1995.

2

Jesús es presentado en el templo

José y María eran judíos, y seguían las costumbres de su nación. Cuando el niño cumplió seis semanas, lo llevaron al templo de Jerusalén para presentarlo ante el Señor.

Esto lo hacían de acuerdo con la ley que Dios había dado a Israel, y Jesús debía ser obediente en todas las cosas. Así, el propio Hijo de Dios, el Príncipe del cielo, con su ejemplo enseñó que debemos obedecer.

Sólo el primogénito de cada familia debía ser presentado en el templo.

Esta ceremonia rememoraba un suceso ocurrido mucho tiempo antes.

Cuando los hijos de Israel eran esclavos en Egipto, el Señor les envió a Moisés para liberarlos. Le pidió que fuera ante Faraón, rey de Egipto, y dijera:

“ ‘Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva; pero si te niegas a dejarlo ir, yo mataré a tu hijo, a tu primogénito’ ” (Éxo. 4:22, 23).

Moisés le llevó este mensaje al rey. Pero la respuesta de Faraón fue: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel” (Éxo. 5:2).

Entonces el Señor envió plagas terribles sobre los egipcios. La última de ellas consistía en la muerte del primogénito de cada familia, desde la del rey hasta la de los más humildes habitantes del país.

El Señor le dijo a Moisés que cada familia israelita debía matar un cordero y poner un poco de la sangre sobre los postes y el dintel de las puertas de sus moradas.

Esta era una señal para que el ángel de la muerte pasara por alto las casas de los israelitas, y destruyera solamente a los orgullosos y crueles egipcios.

Esta sangre de la “Pascua” representaba para los judíos la sangre de Cristo. A su debido tiempo, Dios mandaría a su querido Hijo para ser sacrificado como cordero, con el fin de que todos los que creyeran en él pudieran ser salvos de la muerte eterna. Cristo se denomina nuestra Pascua (1 Cor. 5:7). Por su sangre, por medio de la fe, somos redimidos (Efe. 1:7).

Así, cada vez que una familia de Israel llevaba a su primogénito al templo, debía recordar que esos hijos habían sido protegidos de la plaga y que todos podían salvarse del pecado y la muerte eterna. El hijo presentado en el templo era tomado en los brazos del sacerdote y levantado delante del altar.

De esta forma era solemnemente dedicado a Dios. Después de devolvérselo a la madre, inscribía su nombre en el rollo, o libro, que contenía los nombres de los primogénitos de Israel. Así todos los que son salvos por la sangre de Cristo tendrán sus nombres escritos en el libro de la vida.

Reconociendo al Prometido

José y María llevaron a Jesús ante el sacerdote como lo exigía la ley. Como todos los días padres y madres iban con sus hijos, en José y María el sacerdote no vio nada distinto de muchos otros. Eran sencillamente gente de trabajo.

En el niño Jesús vio tan sólo a una criatura indefensa. Aquel sacerdote no se imaginaba que tenía en sus brazos al Salvador del mundo, al Sumo Sacerdote del templo celestial. Pero podría haberlo sabido, porque si hubiera sido obediente a la Palabra de Dios, el Señor se lo hubiese revelado.

En ese mismo momento se encontraban en el templo dos de los verdaderos siervos de Dios: Simeón y Ana. Ambos habían envejecido en el servicio que realizaban para el Señor, quien les había revelado cosas que no podían ser manifestadas a los orgullosos y egoístas sacerdotes.

A Simeón le había prometido que no moriría hasta que hubiera visto al Salvador. Tan pronto como vio a Jesús en el templo, supo que era el prometido.

Sobre el rostro de Cristo había una suave luz celestial, y Simeón, tomando al niño en sus brazos, alabó a Dios y dijo:

“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel” (Luc. 2:29-32).

Ana, una profetisa, “presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Luc. 2:38).

Así es como Dios elige a personas humildes para ser sus testigos, y con frecuencia pasa por alto a aquellos a quienes

el mundo llama grandes. Muchos son como los sacerdotes y gobernantes judíos: están ávidos de servirse y honrarse a sí mismos, pero piensan poco en servir y honrar al Creador. Por lo tanto, Dios no puede elegirlos para hablar a otros de su amor y misericordia.

El Príncipe de paz

María, la madre de Jesús, meditó mucho en la importante profecía de Simeón. Al mirar al niño que tenía en sus brazos, recordó lo que los pastores de Belén habían dicho, y se llenó de gozo agradecido y de luminosa esperanza.

Las palabras de Simeón trajeron a su memoria la profecía de Isaías. Sabía que las siguientes expresiones maravillosas se referían a Jesús:

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.

“Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre ‘Admirable consejero’, ‘Dios fuerte’, ‘Padre eterno’, ‘Príncipe de paz’ ” (Isa. 9:2, 6).